

LAS LETRAS

Monólogo en un acto.

(Basado libremente en una escena de una película protagonizada por Juanito Valderrama).

A Alma

ACTOR: He venido en una nube. Las calles del pueblo estaban oscurecidas, y era precisamente la nube la que las oscurecía a su paso, llamémosle nube o tal vez bruma o niebla, allí bajo solo se veían tonos negros o grises mientras me llevaba por las pendientes del pequeño pueblo hasta llegar aquí, a las puertas de este bar, ¡el bar! ¿Cómo se llama? No veo en la fachada ningún cartel con su nombre, podríamos llamarlo «el bar donde se detienen las nubes»... A mi lado había un diamante que flotaba en el aire como una pluma de vidrio, un diamante en suspensión, yo lo veía en la nube o desde la nube, era mi compañero de via je, ¿te imaginas un diamante suspendido en el aire? ¿Te lo imaginas?... Ya estoy dentro del bar, no quiero tocar nada, ni que nadie me vea, sólo quiero estar en silencio. La barra está vacía, perfecto. Tomaré uno de los taburetes de aquel rincón. Por suerte, están libres... Al otro lado del bar hay gente, me llegan con claridad sus voces, deben ser muchos a juzgar por el ruido que hacen. Visto desde aquí parece un pequeño salón de juegos donde los hombres se reúnen para jugar a las cartas y charlar, nada extraño en un pequeño pueblo agrícola como este. Quiero mirarlos. *(Pausa.)* Se acerca a mí el camarero, me sonrío. No quisiera moverme ni tener que hablar pero pienso que es mejor contestar a sus preguntas y pedir cualquier cosa aunque no me apetezca tomar nada. *(El ACTOR interactúa con el imaginario camarero.)* Aquí está el vaso al lado de la botella y un pequeño plato de algo que acompaña a la bebida; ¿qué son? No lo sé. *(Pausa.)* En el local hay cuatro ventanas sumamente sucias, a través de ellas no se ve el día de nubes que ha nacido allí fuera, ni se verá tampoco su disolución entre humos grises o vapores. Veo también cortinas ennegrecidas y rejas negras. Nada de todo esto me evade de mi silencio. Los hombres continúan con los juegos. Querría estar más cerca para ver mejor esas manos toscas cogiendo la ficha del dominó o barajando las cartas pero en realidad prefiero quedarme lejos, quedarme sentado en esta barra y no tocarlos, seguir quieto, seguirlos con la mirada... ¡Si mi hermano gemelo estuviera aquí! Sí, tengo un hermano gemelo idéntico a mí. Él no se quedaría sentado. ¡No! Se acercaría a los hombres del bar, se introduciría en sus conversaciones, al poco rato sería

uno más entre ellos, sí, entraría en contacto con los hombres. Me lo imagino como si lo viera delante de mí ahora mismo, moviéndose entre las mesas como si hubiera vivido en el pueblo toda su vida y los conociera a todos uno por uno. Mi hermano gemelo lo haría así, ya lo creo, no se conformaría con ver el paisaje, querría formar parte él mismo del paisaje, como una fotografía que pudiera atravesarse con los dedos... Yo permanezco aquí, a unos metros. Observo a los hombres sin tocarlos, sin que me toquen... Son gente sencilla, labradores, vienen quizás de una jornada de sol a sol, han cortado el trigo con la hoz, han cargado a la espalda inmensos sacos de pienso o grano. Sonríen, hablan en voz alta. Hay dentaduras negras y otras más blancas, veo una indumentaria común: pantalones de pana, camisetas remendadas, boinas negras que reposan en la mesa al lado de los vasos o en los picos de las sillas. Los hombres se apretujan. No ocupan de manera lógica la amplia superficie del local, no se sitúan en lugares equidistantes, prefieren estar unidos en un reducido espacio alrededor de las mesas. ¿Por qué lo hacen? No lo entiendo. Están allí a estas horas de la tarde tal como las marca el tiempo, son los presentes, los de ahora mismo, los que están aquí en frente de mí, son, ¿cómo decirlo? Son los jueces de un país sin fronteras. ¿Por qué no? Los jueces de un país imaginario que no tiene fronteras... No, de ninguna manera, no lo son. ¡Míralos!... Al fondo hay una pared con una vieja pizarra negra. También veo un armario con trozos de tiza y un borrador. No hay nada escrito en la pizarra, como mucho los trazos semiborrados de anteriores palabras, tachones de tiza blanca sobre un fondo negro y envejecido... Los hombres juegan animadamente pero también, así me lo parece, son hombres que esperan... El camarero me mira, sé que no debo devolverle la mirada. Tal vez quiere que pida alguna otra cosa pero aún es pronto, tendrá que esperar un poco... Ya no está, se ha ido a servir las mesas... La tarde avanza sin que nadie preste atención a la pizarra y a lo que la rodea, me pregunto qué función tiene aquel mapa o aquel mural de cartón que muestra las letras del alfabeto y por qué están ahí. Los hombres juegan sin pausa, nada los perturba... Puedo percibir con nitidez el olor campestre, el aliento de las tierras que traen consigo. ¡Miradlos! ¡Son gente de campo! ¡Con qué fuerza levantan el brazo y se desafían los unos a los otros entre risas y fuertes palmadas en la espalda! Toman rápidos sorbos del pequeño vaso, ágiles sorbos!... ¡Atentos! Silencio... Del otro lado del bar llega un ruido, alguien hace saltar con vigor la cortina de la puerta y aparece delante de nosotros un curioso personaje... Camina con rapidez, se dirige directamente a donde están los jugadores de cartas y estos lo reciben entre risas... ¡Buenas tardes, chicos! ¿Cómo estáis? Perdonad que haya llegado un poco tarde, ha sido culpa de las lluvias, mi pequeña burrita no podía apenas avanzar entre los charcos... ¡Hola, Pedro! ¡Hola, Damián! Me alegra veros. ¿Habéis traído los lápices? Muy bien. ¿Y las libretas? ¡Venga! Empecemos la clase antes de que la noche venza en su combate con el día. ¡Uy! ¡Qué sucia está la pizarra! Esperad un momento que la borre... ¿Quién es este hombre? Es de estatura baja y lleva unas extrañas vestiduras negras, una especie de faldón o guardapolvos. Se mueve con agilidad, sonriendo todo el tiempo y hablando con dulzura... En el rostro de aquellos pueblerinos hay reacciones diversas. Algunos se ríen en voz baja y comparten miradas burlescas. La mayoría parece no hacer mucho caso del recién llegado y continúan con las fichas del dominó los juegos de envite. El hombre de negro se mueve diestramente entre las mesas repartiendo libretas y lápices entre los campesinos. Algunos de ellos siguen jugando como autómatas pero otros detienen las partidas y escuchan al pequeño hombre de negro. Cada vez son más las partidas que cesan o quedan interrumpidas... Mengua el anterior alboroto y se transforma en un débil murmullo... Yo sigo en la barra desierta observando la escena, inmóvil en el taburete, ajeno a quien me pueda dirigir la palabra o simplemente mirarme...

Los pueblerinos cogen con dificultad los lápices y parecen no saber muy bien qué hacer con ellos, trazan con lentitud lo que deben ser los contornos de letras y números. No hay duda, esos hombres de edad variada y piel morena son analfabetos, el hombre de negro es su maestro. ¿Por qué aquí? ¿Por qué hacen la clase de alfabetización en este centro de reunión y recreo y no en una escuela? Imposible averiguarlo para alguien que no desea preguntar sino pasar desapercibido. La lección de hoy comienza y yo estoy aquí para observarla... Vamos a ver, ¡abrid las libretas! ¿Por dónde íbamos? Sí, la letra «b»... repetimos... ¡La «b» con la «a»!... ¡«Ba»! Muy bien. *(El ACTOR continúa con la lección: ba, be, bi, bo, bu, etc.; escribe las palabras en la pizarra.)* ¡Muy bien! Id escribiendo... Cuidado, no te salgas de la raya, así... El puntito sobre la «i», muy bien, Isidoro. *(El ACTOR se dirige a la pizarra, en la que escribe lo siguiente: NI-CO-LA-SA).* Mirad lo que he escrito en la pizarra. ¿Qué pone ahí? Difícil, ¿no? Venga... La «n» con la «i», ¡«ni»! *(Así sucesivamente, hasta completar las sílabas.)* ¡Ni-co-la-sa!... ¿Conocéis la canción? ¿No? Pues la vamos a escuchar. Trata de un joven pastorcillo que tenía una novia muy guapa llamada Nicolasa. Está triste, porque se ha tenido que ir muy lejos con el rebaño y estará mucho tiempo sin ver a su moza. ¡Qué pena!, ¿no? Esta es su canción. Escuchad.

Nicolasa, no me olvides,
Nicolasa, yo te quiero,
que lo sepa todo el mundo,
que lo sepa el mundo entero.

Y aunque muy lejos estés,
yo de ti nunca me olvido,
porque ya que sé escribir,
esta cartita te escribo... y dice así:

La «n» con la «i», ¡«Ni»!
La «c» con la «o», ¡«Co»!
La «l» con la «a», ¡«La»!
La «s» con la «a», ¡«Sa»!

¡Venga, ahora todos!

(El ACTOR repite el estribillo, acompañándolo con gestos cada vez más vivaces y ridículos).

¡Nicolasa, Nicolasa!
Yo de ti nunca me olvido,
Porque ya que sé escribir,
Esta cartita te escribo.

(Pausa. Él vuelve a la barra. Larga pausa.)

Los hombres lo miran divertidos y un poco asombrados al mismo tiempo. De los rostros ennegrecidos de los analfabetos surge una dulce sonrisa y algún gesto de burla asilado y cómplice. A mi hermano gemelo le habría gustado la escena, sin duda se habría unido a ellos, sería uno más entre los campesinos cantando la canción de las letras con su sonrisa, levantando los brazos junto a los brazos de los otros, todos unidos, moviéndose al unísono en un vaivén musical... Así haría mi hermano si estuviera aquí, pero yo no podría soportar una sensación de ridículo tan

opresiva, no compartiría con los campesinos nada de lo que ellos viven ahora mismo, nada de lo que es en este lugar una cosa viva... La lección continúa. El maestro dicta frases y sus pupilos las escriben inclinando el cuerpo sobre los cuadernos. Tienen por delante un nuevo mundo y quieren descubrirlo a estas horas de la tarde... *El maestro ha* empezado con la aritmética. Escribe en la pizarra varias sumas y restas y los discípulos las copian con parsimonia. Uno de ellos sale al estrado y resuelve la primera suma, solo se ha equivocado en uno de los números, el maestro lo corrige con ternura y le pasa el borrador para que haga los cambios oportunos. El joven campesino se muestra un poco avergonzado ante la mirada de los otros. Son personas poco acostumbradas a algo así, pertenecen más bien a la fuerza bruta o las cabalgaduras, alguna vez se han pavoneado frente a las chicas, han sido y son hombretones de no muchas palabras, de cuando en cuando algún puñetazo, alguna demostración de hombría, un pasado y un presente basados en ser lo que son. Lo que son... Se oyen tablas de multiplicar, sumas, restas, el maestro se detiene delante de unos de los mapas, los iletrados escriben en los cuadernos, al lado del mapa hay una ventana por donde se filtran las últimas luces de una tarde nublada, el maestro indica con una varita algunos puntos del mapa y después escribe los nombres en la pizarra, todo es incógnito, toda nueva palabra es vista con ojos abiertos. Imposible deshacer el camino, imposible revivir los veinte o treinta años previos en los que las palabras eran solo algo que salía de los labios. ¡Todo ha cambiado! ¡Bienvenidos al nuevo horizonte lleno de luz! O tal vez este horizonte es otra cosa, ¿cómo saberlo ahora, tan pronto?, una puerta abierta a la penumbra, el inicio de un viaje que es en realidad el final del viaje, pero ellos no lo saben ahora, silencio, no rompáis la calma, ellos lo ignoran, no imaginan nada, simplemente escuchan y escriben, su querido maestro vela por ellos y guía sus pasos con paciencia. Vistos desde lejos nos parecería incluso verlos caminar, no saben dónde van pero caminan... Yo me tengo que ir. Dejo este bar de pueblo y vuelvo a la nube o me dejo acompañar por ella aunque se hayan disipado sus contornos. Se abre una noche de sueños aún inciertos, ¡Búscalos! ¿Hacia dónde voy ahora? ¿Quién me acompaña? El diamante, ¿dónde está? Lo tienes en la mano, ¡míralo! Será una vez más tu compañero de viaje. Aprieta el puño con fuerza. No te preocupes por el dolor... Cierra los ojos... Cantarás canciones con ellos, estarás vivo entre los jornaleros y los segadores, dirás que el amor es este canto herido... Abre los ojos, mira hacia delante... ¿Qué me dices?

FIN